



El teatro también se lee

CONFESIONES DE UN TARDÍO LECTOR DE TEATRO

A Las Puertas del Drama, a punto de cruzarlas para entrar en el espacio de reflexión teatral que abre esta singular revista me produce un triple sentimiento muy personal: de respeto estricto, de cierta nostalgia y de alguna culpabilidad.

De respeto por pisar a través de ella un ámbito de culto al gran acontecimiento fundacional que nos llega de la misma Grecia: el despertar de la dramaturgia en todas sus formas. No siempre se tiene la ocasión y el riesgo de pronunciarse sobre ésta y sobre el hecho teatral que, como las creencias y los comportamientos, evoluciona y cambia de generación en generación, pero queda inagotable, siempre, fiel a una misma exigencia y necesidad. Aunque mi entrada sea aquí tan fraccional y desde un ángulo tan sesgado, el respeto es el mismo.

De nostalgia: quien más quien menos arrastramos de nuestros años de formación recuerdos gratos relacionados con bambalinas, luces, decorados, vidas impensadas y fascinantes sobre escenarios modestos de colegio. Si el azar te llevó además a ser partícipe de la ensoñación con algún papel secundario, la nostalgia toma cuerpo. Si, por una pirueta del destino, lo que el azar te encargó fue que hicieras en tus años juveniles de Segismundo en *La vida es sueño* o de monje-bandido en *El Condenado por desconfiado* habrás quedado con el veneno dramático inoculado para siempre.

Sentimiento, enseguida, de culpabilidad porque si a esta inoculación teatral temprana no le sucede, como todo parecía anunciar, una vida adicta al teatro sino que por el contrario la tuya por razones igualmente azarosas ha ido quedando no ya a las puertas sino de algún modo a espaldas del Drama, el sentimiento de cierta culpa levanta cabeza o al menos el de una indudable deuda. Si, luego ahondando la introspección, resulta que esta vida además tampoco recurrió a la lectura teatral como modo vicario de acercamiento al teatro, que hubiera podido compensar la anterior deserción, el sentimiento de culpa se hace ya inequívoco y el de deuda se incrementa. En esas estamos.

Singularidades de la lectura teatral

Pero no todo son culpas subjetivas, no todo sucedía en el recinto interno de la autobiografía. Algo habrá en la realidad del texto teatral al que se le puedan achacar razones más o menos culposas. Estas, de darse, procedían de un doble conducto, el del malentendido (lo que exculparía a la realidad textual en gran medida) y/o el del propio género teatral.

La vía del malentendido, que puede confluir con el simple prejuicio, se basa en la creencia de que el género dramático no pertenece a la Literatura, de acuerdo con la Preceptiva clásica que privilegiaba la Épica y la Lírica. El Drama era otra

cosa, y aunque para éste la palabra no deja de ser un vehículo esencial de comunicación, no es el único y sobre todo es únicamente oral, con vocación escénica y poca o ninguna voluntad literaria. El equivoco lo alimentaban los mismos dramaturgos, que habían interiorizado el malentendido y se veían confinados en una tierra de nadie: gente de teatro para el mundo de la literatura y escritores para la gente de teatro.

De esa confusión participé. Había poderosas influencias disuasorias. La de Ortega mismo, quien a pesar de haberse ocupado del tema en varias y brillantes ocasiones, llegó a reconocer que el teatro nunca le había gustado mucho. Quizá porque él era en sí mismo una escenificación. Quizá porque como dijo Azorín, su teoría del teatro fuera una aplicación del idealismo kantiano al arte escénico. Se comprende que los influenciados y los ajenos a los problemas profesionales de quienes querían combinar teatro y literatura, producida esta escisión se inclinaron por la literatura a costa del teatro. Puestos a considerar el teatro dramático como «otra cosa» (del musical, zarzuelero, melodramático, o circense, ya ni era cuestión) preferimos directamente la literatura, literatura *tout court*, la lírica, la épica y no menos la filosófica en todas sus gamas. Había sin embargo una excepción y literalmente una: la del teatro de Valle Inclán. Tiene éste tal carga literaria que la misma fruición te produce su *Tirano Banderas* que *La cabeza del Bautista* u otras de sus piezas teatrales. O la calidad de sus prosas de acotación, de su didascalica es tal que la transmiten a los diálogos rompiendo toda discontinuidad literaria entre ellos. Incluso se produce el fenómeno inverso: que a la hora de la escenificación no se resigne el director a dejar en el libreto, como es ley, las acotaciones, esas incrustaciones literario-narrativas cuyo único valor es funcional, sino que las quiera dotar de un valor escénico y llevarlas a las tablas.

La otra vía que explicaría las reticencias o desamores respecto al género se refiere a las características técnicas de todo texto teatral leído. Lo que llamo mis dificultades. El texto teatral tiene una mayor complejidad de la que carece el «simple» texto literario. No es un relato lineal, fluido, sin intermitencias como el literario, unipersonal o monológico, donde la voz es una e interior. Por el contrario el texto teatral es multipersonal, de esencial pluralidad, tanta como personajes en danza, aunque éstos se reduzcan a dos. El texto teatral exige por eso infinitamente mayor esfuerzo de imaginación, pero también mayor concentración conceptual que el otro, con lo que concluiría aquí no sólo el argumento, sino mi intromisión en esta página, diciendo que quizá toda la anterior justificación de por qué uno no ha sido un lector teatral consecuente encubra sencillamente una clara dejación injustificable. ■

José Bailo Ramonde